

F1231
G3
v2



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
155637

HISTORIA DE OAXACA

CAPITULO I

TRABAJOS APOSTOLICOS DE LOS DOMINICOS.

1. Preliminar.—2. Auto sacramental en Etla.—3. Rebelion de los mijes.—
4. Guerrero en NeJapan.—5. San Miguel descubre allí idolos.—6. Los
persigue en Santa Cruz.—7. Principios de Zimatlan.—8. Córdova y Ma-
ta.—9. Tlacoahualla.—10. Cuilapan.—11. Sagache.

1.—En el tiempo que alcanza la presente historia, el Evangelio se habia predicado en todas partes en Oaxaca, y el nuevo orden que la conquista española habia llevado, quedaba planteado con solidez. Seguirlo en su desarrollo hasta verlo destruido por los ejércitos independientes en 1821, es la tarea que acometemos ahora.

Primitivamente, como ya se ha visto, lo que es hoy el Estado de Oaxaca fué poblado por tribus que, peregrinando por tierra, ó navegando ya en el Atlántico ya en el Pacífico, en avenidas sucesivas habian tomado asiento las unas al lado de las otras. Quince siglos poseyeron pacíficamente estos pueblos el territorio de Oaxaca, sin otra novedad que las perturbaciones causadas en el orden religioso por el fa-

moso Quetzalcoatl, y los cambios introducidos en el orden político por las agresiones invasoras de los mexicanos. Este largo período histórico terminó con la conquista española, que mudó radicalmente el orden establecido.

Los españoles tomaron el pueblo de Huaxyacac el 25 de Noviembre de 1521, lo que no quiere decir que desde entonces la conquista hubiese sido un hecho consumado: los indios, esparcidos en el Estado, resistieron largo tiempo la dominación extranjera, fueron muchas veces combatidos y quedaron algunas ocasiones vencidos y frecuentemente vencedores. Los mijes se manifestaron en la resistencia los más vigorosos y obstinados, ni hubieran sido jamás avasallados si á la fuerza de las armas no presta poderosa ayuda la palabra de los sacerdotes.

Pero ya en 1560, lo que no habian hecho los ejércitos habian logrado las persuasiones de los dominicos, y los vireyes contaban en Oaxaca con un pueblo enteramente docilitado y sumiso á su gobierno. Se ha nombrado á los vireyes porque ellos representaban á la primera autoridad de la nacion mexicana; pero en Oaxaca fueron realmente primero los dominicos y luego los obispos quienes gobernaron durante el período colonial. Los primeros religiosos que predicaron el Evangelio, con sus virtudes y el favor de los reyes católicos, alcanzaron un poder moral sin límites sobre los indios que obedecian las leyes civiles mediante el consejo y las inspiraciones de los sacerdotes. Celosa la autoridad civil de semejante predominio, le opuso el contrapeso de los derechos de los obispos, cuyo ascendiente en el orden político no comenzó á disminuir sino hasta los tiempos de la Independencia.

Oaxaca, por espacio de trescientos años, fué un pueblo eminentemente religioso, aún más, eminentemente piadoso, como lo demuestra el hecho de haber intentado la ciudad sustituir su antiguo nombre por el de la Madre del Salvador. ¿Cómo se podría escribir la historia de un tal pueblo sin

tratar de su religion, de sus obispos y de sus monjes? Ese tiempo no conoció las revoluciones ni las guerras, que fuera necesario inventar si se quisieran describir. A la sombra de la fé, los moradores de Oaxaca se sentaron tranquilamente á oír las amonestaciones de sus sacerdotes. Oaxaca con sus edificios públicos y privados, con sus templos, sus plazas, sus calles, sus jardines, sus fuentes, sus pueblos y sus campos, con su civilizacion, sus ciencias, su comercio y sus artes, así como se ve en la actualidad, es todavía la obra de aquellos tiempos y de aquellos hombres. Oaxaca fué formada por los sacerdotes, cuyos pasos debe seguir la historia si no quiere apartarse de la verdad. Muchos de ellos fueron, además, notables, en términos de merecer bien un recuerdo de los siglos. Los dominicos principalmente, hacian poderosos esfuerzos por llevar á su perfeccion la obra que habian comenzado, y por todas partes sin descanso trabajaban en la conversion de los indios y en la construccion de suntuosos edificios.

2.—En Etna, los frailes dominicos se habian establecido á instancias de Cortés á cuyo marquesado pertenecia la villa. La primera iglesia, como se ha dicho, estaba á quinientos pasos abajo de la actual, en lo más fértil de la llanura: el convento se levantó á su lado, como era costumbre, pero la construccion del edificio no se hizo conforme á las reglas del arte, lo que dió lugar á una tragedia que se va á referir.

Se habian sucedido varios religiosos en la administracion espiritual de esta doctrina, distinguiéndose entre ellos Fr. Luis de San Miguel, de quien tendremos que hablar próximamente. Fr. Alonso de la Asuncion, religioso de conocida virtud y celoso predicador en lengua zapoteca, obedeciendo el precepto de sus prelados, fué á su turno vicario de la parroquia de Etna. Deseoso de hacer comprender á sus feligreses el misterio de la Eucaristía, conformándose á los usos del tiempo y al carácter de los indios que le es-

taban sujetos, en extremo afectos á las representaciones, se propuso hacer una muy viva, poniendo de bulto ante los ojos las principales figuras del Antiguo Testamento, relativas al Augusto Sacramento de la Eucaristía. Oportunamente escribió el drama y repartió los papeles entre los más avisados y capaces del pueblo. Corrió la fama por todas partes, y de lugares lejanos concurrió gran muchedumbre á presenciar el acto.

El día señalado, que era en el que la Iglesia celebra la festividad de Córpus, Fr. Alonso salió con la custodia en las manos en solemne procesion, acompañado de innumerable concurso: al llegar al cementerio ó patio del templo, depositó el Santo Sacramento en el altar preparado al extremo de la galería exterior del convento, que se habia prolongado en aquella ocasion para abrigo de la multitud, y tomando asiento con otro religioso, dió la señal de comenzarse la representacion. La galería sin duda se sostenia sobre débiles cimientos, pues con el peso de la mucha gente que andaba sobre la cubierta, se desplomó, sepultando bajo de sus ruinas á ciento veinte personas y estropeando otras muchas. Fr. Alonso pudo salir, auuque muy lastimado y cubierto de polvo, de debajo de los escombros cuando éstos fueron removidos: se dirigió al altar en que estaba el Divino Sacramento, y tomándolo se encaminó al templo: ya casi habia salido del peligro, cuando cayeron sobre él dos grandes maderos que habian quedado en la techumbre, pendientes por uno solo de sus extremos: á las pocas horas murió.

Con ocasion de esta desgracia, los indios se resolvieron á edificar el templo actual, en una eminencia que en forma de collado domina al pueblo; bien que arrostrando el inconveniente del Norte que sopla allí con fuerza. Levantaron en efecto las paredes; pero advirtiéndolo que estaban muy apartadas, y que por la demasiada anchura del templo las bóvedas quedarían poco seguras, construyeron á lo largo del muro, por uno y otro lado y formando capillas, es-

beltos arcos, que algo estrecharon la amplitud del templo. Un excelente carpintero español, casado y avecindado en la ciudad, llamado Sebastian García, se encargó de la cubierta del templo y comenzó la obra, toda de artesones sobre tijera, con tanta curiosidad y arte, que sin verse las vigas, todo el techo era de ochavados de una tercia de hueco, guarnecido de molduras tan delicadas como si fuesen de cera. Antes de terminarla, murió Sebastian García; pero los indios, que habian observado cuidadosamente el arte con que se labraba la madera, continuaron y terminaron la obra por sí solos. Duró este artesón cosa de ochenta años.

El P. Fr. Pedro de la Cueva mandó posteriormente pintar el templo, sirviéndose del insigne pincel de Juan de Arrué, discípulo de Concha, pero más correcto que él. Burgoa le llama el Apeles del Nuevo Mundo. "He visto, dice, en Roma y en el Escorial pinturas como para aquellos puestos, y no hallé cosa en que pudiesen deslucir las pinturas que hizo en esta provincia este hombre." La fábrica del convento, claustro y portería, todo excelente, se debe á los padres José Calderon y Alonso Espinosa, por 1620. ¹

Fr. Alonso de la Asuncion profesó el 3 de Octubre de 1553: fué excelente ministro zapoteca. Segun Pinelo, dejó manuscrita la historia de la provincia de Santo Domingo de México; pero otros lo contradicen con fundamento, atribuyendo la citada obra manuscrita á otro religioso, Fr. Domingo de la Asuncion. ²

3.—Los zapotecas del valle, así como los mixtecas, generalmente se mostraron dóciles al Evangelio: en donde la idolatría permaneció resistente mucho tiempo no perdiendo terreno sino palmo á palmo, fué entre los chinantecas y mijes de la Sierra. Los mijes habian oido la predicacion

¹ Burgoa, 2ª parte.

² Beristain, en el el Dic. de Hist. y Geog.—Artíc. Anunciacion, t. 8.

del P. Guerrero y muchos habían recibido el bautismo. No del todo indóciles á la persuasión, jamás se habían dejado vencer por las armas españolas; muy al contrario, su actitud, constantemente amenazadora, tenía en perpétua zozobra á las guarniciones de Villa-alta y de Nejapan. Como para demostrar que no era infundado el recelo que habían infundido en las villas, por el año de 1570 se levantaron en masa, y salvando sus montañas, entraron en són de guerra por los pueblos zapotecas de la Sierra: talaron los sembrados, incendiaron las poblaciones y sembraron la muerte en su carrera, amenazando con el estrago de sus armas desolar la tierra. A toda prisa se reunieron en Oaxaca y se armaron algunas tropas de castellanos que unidas á dos mil indios mixtecos de Cuilapan, marcharon hácia la villa de San Ildefonso. Ya los esperaban aquí los españoles de ambas villas, los encomenderos de los pueblos, cuatro mil mexicanos del barrio de Analco y todos los zapotecas serranos que pudieron reunirse, que temían por momentos ser acometidos. No fueron ménos de diez mil hombres de guerra los que se opusieron á los mijes, á pesar de lo cual costó infinito trabajo contenerlos. Debe haberse librado alguna sangrienta batalla, pero se ignoran los pormenores. Solo se tiene noticia de que muchos españoles, por sus proezas en esta guerra, merecieron encomiendas, salarios de la real caja y otros favores del rey de España, y que los mexicanos de Iztlan quedaron, en premio del socorro que prestaron, exentos de todo servicio personal.¹

4.—El célebre P. Guerrero había hecho considerables esfuerzos por sujetar al yugo de la fé á estos indios, pero la empresa era superior á las fuerzas de un hombre solo: así es que despues de adelantar considerablemente sus conquistas cristianas, fué sustituido por otros sacerdotes no

¹ Burgoa, 2ª parte, c. 56.

ménos celosos, partiendo Guerrero á Nejapan en donde le estaban reservadas nuevas fatigas. El pueblo de indios se componía entónces de cuatro mil familias y se hallaba situado en la márgen izquierda y como á una legua de distancia del rio, miéntras los españoles se habían establecido hácia la márgen derecha, en unas hermosas vegas en la parte baja del mismo rio. Esta separación no era muy gustosa á los españoles, quienes, en el caso posible de una agresión de los mijes, se verían estrechados á defenderse solos, sin contar con que la insalubridad del lugar que ocupaban los diezaba constantemente. Por estas causas, la villa fué despoblada repetidas ocasiones, siendo inútiles los esfuerzos de los vireyes para mantener á los vecinos en Nejapan.

La última vez que los españoles se determinaron á desamparar su villa, se dirigieron al pueblo de los indios, creyendo remediar con este cambio todos los inconvenientes. El P. Guerrero, que asistía ya por ese tiempo á los indios, previendo el daño que recibirían éstos en su fé y en su bienestar, resistió la invasión con todas sus fuerzas, mas en vano, pues apénas consiguió que no viviesen mezclados unos con otros, sino que los españoles formasen un barrio aparte, al otro lado de un arroyo de aguas blanquizas, llamado por esta causa "Nejapan" ó "rio de ceniza."

Las previsiones del fraile se cumplieron al pié de la letra, pues las vejaciones que sufrieron los desgraciados indios fueron tantas, como notable el provecho de los aldees, que pronto dejaron de ser ordinarios para convertirse en mayores. De nada les sirvió que el virey D. Luis de Velasco, cediendo á sus ruegos y prévia información del visitador Lebron de Quiñones, librase órdenes para que no fuesen obligados á construir las casas de los nuevos vecinos, y aun les perdonase, en atención á su pobreza, el pequeño tributo que pagaban al rey, de veinte petates y cincuenta fanegas de trigo. Los españoles formaron estancias

de ganado, labores grandes de caña y trapiches de azúcar, sirviéndose por la fuerza para el trabajo, de los indios, á quienes ni lo retribuían, ni daban siquiera los alimentos necesarios. "Les hacen dar, dice Burgoa, hasta la sangre del corazón, y Dios ponga tiento en las manos de estos desangradores, que como la convierten en propia, jamás la desconocen para restituirla," admirándose el mismo religioso, de que fuesen absueltos en la Cuaresma, sin hacer las justas reparaciones. No era menor la crueldad y tiranía con que los alcaldes mayores arrancaban á los míseros indios la parte que les cabía en los repartimientos. Las exigencias de vainilla, grana y mantas fué creciendo con tal exorbitancia, que la encomienda llegó á ser de las más productivas y envidiadas, y la vara de la alcaldía uno de los más codiciados oficios; y esto á proporcion que los indios, por el hambre y las vejaciones, se disminuían en términos, que en 1670 no llegaban á ciento cincuenta vecinos.

En orden á la fé, no eran ménos justificados los temores de Guerrero. No podían persuadirse los indios que les fuese favorable el Dios de aquellos extranjeros que los acosaban con insoportables fatigas. ¿Por qué ese Dios no castigaba á aquellos malvados que no les permitían oír misa ni otro acto del culto, creyendo que se perdería con un tiempo precioso el fruto del ajeno trabajo? Si en los intervalos, aunque cortos, de sus labores el Dios extranjero les permitiese holgar libremente en los placeres, acaso podrían sobrellevarlo; pero era muy severo ese Dios y nada les concedía que no fuese puro y sencillo, miéntras las antiguas divinidades les daban amplia libertad para hacer lo que les placiese. ¡Cuánto era preferible, pues, la religion de los ídolos, que tal vez los protegerían de los españoles! Estas reflexiones eran por su naturaleza demasiado prácticas para que fuesen solo pensadas: en efecto, los indios, aunque ocultamente, volvieron á sus viejas idolatrías, y despues veremos cuánto tardaron éstas en ser de nuevo extirpadas.

Guerrero se separó de NeJapan sin haber transigido con los españoles, y fué sucesivamente empleado en oficios de más alta jerarquía de su Orden. Tuvo la gloria de convertir, sin otro auxilio que el de su palabra persuasiva, innumerables indios. Fundó ciento sesenta templos en medio de pueblos que él, en su mayor parte, había formado, sacando á los indios de las cañadas y cuevas en que estaban dispersos y reduciéndolos á la vida social. En estos pueblos estableció jerarquías que hicieron más ordenado el movimiento civilizador á que dió grande impulso. Enseñó á los indios urbanidad, policía y algunas artes, como el modo de tejer sus mantas y de vestirse; les prescribió la manera con que se habían de comunicar recíprocamente, los aleccionó en el modo de formar memorias y padrones y les dispensó otros mil beneficios. Fué despues Prior de Oaxaca, Provincial en México y murió de más de ochenta años de edad en el de 1597.¹

Un digno sucesor tuvo Guerrero en Fr. Luis de San Miguel, así en los trabajos de la Villa-alta como en NeJapan. Parece haber sido el primer párroco de los españoles de esta villa, pues los indios eran administrados por otro; sin embargo, no solo quiso moralizar á sus feligreses, sino encaminar otra vez á los indios á la fé, y sin duda poseía muy bien el idioma, pues el primer sermón que les predicó en zapoteco, fué tan eficaz, que le fueron denunciadas en consecuencia las idolatrías á que de nuevo se entregaba el pueblo. Para descubrir los ídolos, despues de tomar secretamente las noticias necesarias, en compañía de otro religioso y de algunos españoles, Fr. Luis se dirigió á la media noche á la habitacion de un anciano indio, sacerdote principal de los apóstatas. Sin estrépito hizo prender al anciano y se apoderó de una caja cerrada y engomada por la parte exterior, que halló cuidadosamente guardada. Al día

¹ Burgoa, 2^a p., c. 57.

siguiente, presentes las autoridades, se abrió la caja, quedando á la vista una gran cantidad de idolillos del tamaño de una cuarta de vara, con formas humanas, ya de hombres, ya de mujeres, vestidos con ropas costosas de la forma que se usaban en la antigüedad. El reo declaró, que por la incansable porfía con que los frailes perseguían aquellos bultos, el pueblo se los había entregado reunidos, confiándolos á su guarda, como el más antiguo de sus sacerdotes. Los ídolos fueron sentenciados al fuego y el anciano indio á frecuentar el monasterio hasta que aprendiese la fé y diese pruebas de enmienda.

En Quije-colani ó Quiegolani descubrió algunos otros ídolos deformes de piedra y de madera. El principal era un mascarón, adornado con ricas mantas y piedras de valor, cubierto con una piel de venado perfectamente aderezada, y depositado en un nicho subterráneo, abierto en medio de un gran sembrado para disimular mejor la entrada. Era el dios de las sementeras, y los indios le hacían ofrendas y sahumerios. Inútil es agregar que fué demolido el mascarón.

5.—No fué ménos diligente en desterrar las múltiples supersticiones del pueblo de Santa Cruz, á siete leguas de la ciudad, á donde fué destinado despues de NeJapan por los superiores. Sospechando que algo se ocultaba debajo de los paños mortuorios de un indio, por el volúmen considerable que presentaba á la vista en el momento de ser inhumado, desgarró la mortaja y encontró bien escondidas muchas semillas, instrumentos de labranza, un sombrero y varios vestidos. Estropeando la idea de la inmortalidad, muchos indios decían que á su muerte tendrían que andar un largo camino ántes de llegar al otro mundo, en el que necesitaban provisiones para no perecer miéntras encontraban empleo. Supo despues que aquel cadáver era de un sacerdote de los ídolos que había rehusado en su postrera enfermedad recibir los sacramentos, porque no creía en su vir-

tud sobrenatural, y que á su muerte había recomendado á sus hijos el culto de muchas frágiles divinidades que tenía enterradas en una marmita de barro. Se hicieron excavaciones y se hallaron en efecto los idolillos: poseído de indignación Fr. Luis, mandó exhumar el cadáver y sacarlo del templo, como indigno de sepultura eclesiástica, y que luego, atado con cuerdas, fuese arrastrado por las calles y arrojado en una barranca, en que sirvió de pasto á las auras.

La misma suerte corrió el gobernador de los indios que había muerto algunos días ántes en la misma infidelidad, cuyos restos, á pesar de haber entrado en perfecta descomposición, no se escaparon de ser exhumados y arrojados á las aves.

A fuerza de exhortaciones logró que le fuesen entregados innumerables ídolos recogidos en los montes y en las casas particulares, si es que eran verdaderamente ídolos y no efigies conmemorativas de los personajes históricos más notables de la antigüedad. El Illmo. Sr. Alburquerque, igualmente modesto y celoso, al tener conocimiento de las idolatrías de los indios de Santa Cruz, sin recámara ni familia, que no la usaba, fué á este pueblo y vió innumerables figuras de las que había recogido el vicario, talladas muchas en piedras finísimas y de valor, que fueron pulverizadas y arrojadas al viento por las manos del mismo obispo.

Una de las ocasiones en que más escrupulosamente guardaban las prácticas que les había legado la antigüedad gentilica, era la caza que hacían en días señalados, con estrépito, gran concurso de monteros y multiplicados preparativos. Préviamente se concertaban los cazadores fijando tiempo y lugar: al acercarse el plazo, todos se disponían con sacrificios, ritos y ceremonias encaminadas á la honra del dios especial de los monteros, á quien procuraban tener propicio, ayunando y guardando conyugal continencia. En el día señalado se levantaban muy de mañana, y cada cual se purificaba con baños en el río, cuidando que nadie